

¿Qué significa el calderonismo?

JUAN LUIS HERNÁNDEZ / SEMINARIO MÉXICO

A un año de que Felipe Calderón asumiera la titularidad del Ejecutivo federal, habrá que preguntarse si se ha construido ya el *calderonismo*, si existe o se vislumbran posibilidades de realización. En todo ejercicio gubernamental se ponen en juego dos factores: por un lado, el partidario, por otro, el del estilo personal del gobernante. El primer factor implica hablar del panismo, no ya como oposición sino como gobierno. Ello nos obliga a identificar los rasgos que caracterizan al Partido Acción Nacional en el gobierno federal, a preguntar qué lo diferencia del PRI, qué le hace semejante al priato.

Sin embargo, el segundo factor nos empuja a analizar si dentro del panismo existen posibilidades de ejercicio gubernamental diferenciado, si más allá de que Fox y Calderón tengan perfiles políticos distintos, se pueda hablar de foxismo y, por consiguiente, de calderonismo. Si es así, el argumento nos lleva a indagar si el foxismo se ha ido con el sexenio y si es dable señalar la aparición de un posible *calderonismo*, acaso como necesidad política de primer orden no sólo para marcar la distancia entre un gobierno y otro, sino probablemente para imprimir una profundidad deseada en algún cambio de rumbo.

Un vistazo a la vida política del país antes del año 2000 puede dar pistas de acercamiento analítico a los tiempos actuales. Todo el mundo coincide en que entre 1929 y el año 2000 se vivió un régimen político, el priato, con etapas muy distintas entre sí pero con similitudes transversales en el tiempo que permiten apuntar definiciones como "la era priista", el "régimen priista" o, como ya decíamos, "el priato". Sin embargo, a pesar de que es el PRI el que engloba un conjunto de valores, axiomas, normatividades y reglas no escritas que definen al régimen político, en realidad cada sexenio estuvo marcado por el estilo personal de gobernar del presidente de la República, y en ese sentido, se

habla del cardenismo, del alemanismo, del diazordacismo, del echeverrismo, del salinismo, por citar los más destacados periodos en que fue posible hablar de un régimen personalista.

El partido cohesionaba y organizaba una forma de relación entre la clase política y la sociedad, pero el estilo personal de gobernar podía conformar diadas ideológicas entre un gobierno saliente y otro entrante. El mismo partido pero rumbos de acción gubernamentales distintos. El mismo partido, la misma raíz ideológica pero políticas públicas antagónicas también podían observarse en este ciclo de partido y presidente, de estructura y de persona.

El ascenso de Felipe Calderón a la presidencia de la República ha supuesto, por primera vez en la historia de México, el traspaso del poder de un panista a otro. ¿Se ha inaugurado un nuevo régimen?, ¿es el mismo régimen pero con diferente partido?, ¿el foxismo fue diferente al zedillismo o al priismo?, ¿a un año de gobierno de Calderón es posible hablar de calderonismo?, ¿le interesa a Felipe Calderón la existencia del calderonismo?

Detrás de estas preguntas existen algunos presupuestos. Dentro de los partidos políticos existen siempre tendencias, facciones, corrientes y grupos que desean convencer al resto de las virtudes de sus posiciones, de la corrección política de su doctrina, sea ideológica o práctica. Y dentro de esas facciones los liderazgos personalistas ocupan un lugar predominante. En América Latina, la historia de caudillos, generales, caciques, protectores, salvadores y mesías políticos no sólo es pródiga sino que parece nunca acabarse. En este sentido, los personalismos llegan a ser tan fuertes que los propios partidos políticos terminan sucumbiendo ante la fuerza y poder de los liderazgos carismáticos o personalismos con fuerte ascendente.

El personalismo ha terminado por ser una realidad que abarca prácticamente toda la actividad po-



lítica, y en este ámbito, la existencia de un régimen personalista dentro de un régimen partidario suele ser común y buscado en todo tiempo y lugar. Aun en los sistemas políticos consolidados, donde las estructuras partidarias tienen muchas décadas funcionando a la perfección, los personalismos son justamente la nota diferenciadora cuando el régimen de partidos tiene una misma raíz ideológica.

Acción Nacional es un partido que históricamente ha tenido una construcción normativa, institucional y territorial estable, consolidada y consensuada por los principales grupos que lo componen. Aun en los momentos de mayor disidencia, el PAN no sufrió merma alguna, se fueron los individuos pero el partido siguió construyendo hacia adelante. El panismo ha tenido dos sucesos que lo han marcado en los últimos años y que acaso pudieran hablar de su aparente vulnerabilidad: por un lado, el que un recién llegado a la política, Vicente Fox, le impusiera su candidatura a la presidencia para el 2000; por otro, la penetración de un grupo de ultraderecha, el Yunque, hasta los niveles más altos del partido. Pero ambos sucesos no han puesto en jaque mayor al PAN, aún más, algunos dirían que justamente ha ocurrido lo contrario, lo han fortalecido y lo han impulsado hasta niveles de poder que nunca tuvo en sus primeros 60 años de vida.

Así, el PAN es un partido lo suficientemente sólido como para hablar de lo que significa el panismo, y de lo que significa el panismo como gobierno. Luego de siete años de panismo gubernamental se pueden advertir tres constantes: un inequívoco modelo económico neoliberal, una política social básicamente zedillista y, un aterramiento ante la movilización social.

El PAN ha confirmado en el gobierno lo que ya se advertía en la oposición. Representa a la derecha mexicana sin ambages, tanto a aquella que se vio afectada por la expropiación cardenista como la que fue emergiendo al calor de la guerra fría y la ideología poscristera. Arropa, como en todo el mundo, a ese sector de la sociedad que requiere un paradigma social y político conservador, católico, liberal en lo económico y articulado a los grupos fácticos más poderosos en el sector financiero, económico y social.

El panismo en el gobierno ha confirmado que México vive el régimen del bipartidismo oligárquico. El panismo gubernamental ha ratificado las principales decisiones en materia económica del país más allá de la mera convicción. El panismo ha resultado tan neoliberal como los últimos gobiernos priistas. Ambos partidos en el gobierno han implementado acriticamente un modelo de mercado cuyo único resultado realmente palpable es el aumento en la desigualdad económica y social. Ambos partidos han beneficiado a los mismos sectores económicos de los últimos 40 años, ya sea en el Fobaproa o en las últimas concesiones públicas que todavía puede tener el Estado mexicano. La oligarquía mexicana ha confiado en el PRI y en el PAN para sacar adelante sus intereses, y de esta forma el PRIAN se ha mostrado en innumerables ocasiones, sobre todo en el Congreso desde 1988.

El panismo no ha aportado novedades significativas al priismo. Por el contrario, son nítidas sus similitudes. En lo económico, el panismo ha sido punto y seguido y le ha dado al mercado poder absoluto en el intercambio de bienes y productos. En la política social, el panismo ha continuado los programas priistas para contener la pobreza. En lo político, no ha dado un solo paso adelante para consolidar la democracia.

Si avanzamos un poco más y hablamos de los regímenes personalistas, el foxismo tiene muchas conexiones con los personalismos priistas. Con el lopezportillista compite por el orgullo de su nepotismo, con el delamadridista compite con la elección de Estado desde los Pinos para empujar a su sucesor a la presidencia. El foxismo ha resultado ser el mismo régimen de siempre que aprovecha el poder presidencial para beneficiar a la familia y sus próximos; también ha sido idéntico a los anteriores para comprar voluntades en los medios, ahogar a los incómodos y armar un ciclo de complicidades con los favoritos. Si a eso agregamos que el foxismo se distinguió por la ocurrencia institucionalizada desde la ignorancia, tenemos un panorama que dibuja muchas posibilidades por parte del Ejecutivo federal actual para construir su propio marco referencial.

Felipe Calderón cumple un año en la presidencia y sigue al pie de la letra el rumbo del panismo gubernamental: un gobierno conservador, neoliberal y con bastante tufo autoritario. Algunos visos de *calderonismo* apuntan a la pericia política para llegar a acuerdos con el Congreso, al regreso de la política formal en los símbolos tanto de la casa presidencial como de sus actos, a la sobriedad de las alocuciones presidenciales y al deliberado muy bajo perfil de la primera dama. Es notable el viraje en política exterior hacia América Latina: los cuidados diplomáticos tanto con Cuba como con Venezuela, así como el deseo de expandir ciertas políticas sociales practicadas por los dos últimos gobiernos en la ciudad de México.

El calderonismo desea con vehemencia diferenciarse del foxismo, construirse sobre las ruinas de este. Sin embargo, sigue faltando la sustancia clave que haría posible un calderonismo que dentro del panismo sea tangible, que implique proyecto de país, que alcance a

cohesionar grupos y personas, que motive tanto a la movilización como a la acción concreta. Felipe Calderón ha tenido un año de múltiples acciones sostenidas por el aparato institucional que lo arroja, pero sigue estando agazapado, sin tener un proyecto que entusiasme a la opinión pública. No, el calderonismo todavía no se distingue o, en su defecto, significa la mediocridad de quien fue electo para que no llegara otro. El calderonismo, acaso, pueda significar el régimen personalista de la continuidad gris, el régimen atrapado entre los que aseguran que sin ellos Calderón no hubiera llegado a la presidencia, el régimen de quien sigue siendo considerado como espurio por un sector movilizad.

A un año de gobierno, el calderonismo parece tener mucho de priista, mucho de panista, pero muy poco de ese algo que puede ser la diferencia con los anteriores y que puede significar la sustancia de un proyecto que valga la pena seguir o construir con entusiasmo.



Comentarios

Gustavo López Montiel. Tecnológico de Monterrey. Quizá la imposibilidad de construir un calderonismo como etapa diferenciada con respecto al foxismo u otros momentos es un producto de la fragmentación y polarización de actores, del funcionamiento de una presidencia redimensionada con respecto al Congreso y el poder Judicial, y de una mayor incidencia de instituciones formales e informales en la definición de los asuntos públicos. Podría tratarse de un síntoma de transición política a un esquema más abierto, aunque no necesariamente más democrático. El debilitamiento de la figura presidencial, en términos de capacidades institucionales, haría evidente que las etapas personalistas se dejaran atrás para ser recordadas por elementos característicos más que por las personas.

Jorge Cadena-Roa. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-UNAM. Si bien es cierto que hay profundos contrastes entre los sexenios priistas, no me parece que la explicación se encuentre en los "estilos personales" de gobernar. Corresponden más bien a puntos de partida, entornos y expectativas diferentes sobre cuyas exigencias el presidente de la República podía poner su impronta. Las presiones demográficas, las restricciones macroeconómicas, el nivel de la protesta social, el carácter cerrado del sistema político, las crisis de fin de sexenio, entre otras cosas, quedaban fuera del control presidencial y el mandatario no podía dejar de tomarlas en cuenta en la toma de decisiones.

Además, habría que considerar si el contraste entre un gobierno entrante y el saliente no corresponde también a la ne-

cesidad de crear espacios de acción política y de legitimidad. Desde un punto de vista dramático, al gobierno saliente se le puede culpar de todos los males actuales, aunque se siga haciendo lo mismo (política económica neoliberal y política social zedillista). Con ello se coloca a camarillas fieles al grupo entrante, se desplaza a los fieles del saliente, y en el público se genera la esperanza de que los problemas ahora sí se resolverán.

Así, puede entenderse que un conjunto de problemas e incluso accidentes ocurridos recientemente empiecen a ser interpretados en los medios de comunicación y el debate político en clave de crítica a la tolerancia del ex presidente Fox a un presunto tráfico de influencias y corrupción a favor de su familia política. De tanta insistencia se ha desprendido que se investigue y se presenten resultados pronto.